

Terminada la conferencia del Dr. Mayer la Academia se reúne en sesión privada, para considerar el proyecto de Memoria y Balance del ejercicio anterior los que son aprobados en la sesión del 8 de mayo, sesión en la que es elegido Vicepresidente 2º por unanimidad el Dr. Egidio S. Mazzei.

A continuación el Presidente da cuenta del fallecimiento del Académico Dr. Nerio Rojas, a cuyo sepelio concurrió y en el que a su pedido usó de la palabra el Vicepresidente Dr. Loudet. Hace el Dr. Garbarini Islas el elogio de la personalidad múltiple del Dr. Nerio Rojas y solicita de los señores Académicos, que se pongan de pie en homenaje a su memoria, lo que así se hace.

Informa el Presidente que durante el receso y a requerimiento de la Asociación Médica Argentina, se pasó una nota al señor Intendente de San Antonio de Areco, solicitándole tuviera a bien disponer se diese a una calle de la ciudad el nombre del Prof. Dr. Mariano R. Castex.

Da cuenta el Presidente que ha conversado con los presidentes de las Academias de Derecho y de Ciencias de Buenos Aires, sobre el triple homenaje a rendirse al Dr. Rivarola en el aniversario de su fallecimiento.

En la sesión del mes de junio el Presidente informa que al Dr. Castello se le ha conferido la Legión de Honor por el Gobierno de Francia y que se ha formado una comisión de homenaje al Dr. Mazzei con motivo de cumplir 25 años en la docencia universitaria.

La Academia expresa sus plácemes.

Se acuerda que el Académico Américo Ghioldi lleve la palabra de la Academia en el homenaje al Dr. Horacio Rivarola, en el que hablará el Dr. José Manuel Saravia por la Academia de Derecho y el Dr. Castello por la de Ciencias.

El 29 de julio la Academia realiza un homenaje a Mitre, en el sesquicentenario de su nacimiento, en una sesión que abre el Presidente y que se desarrolla así:

Abierto el acto por el Presidente de la Corporación, Dr. Guillermo Garbarini Islas, se escucharon los cuatro discursos que siguen.

Mitre y la historia

Enrique de Gandía

Mitre no va en busca de la historia. Es la historia que sale al encuentro de Mitre. Antes de 1852 era un poeta romántico y errante que vivía y luchaba por la Libertad. En 1852 entró a juzgar el pasado en el diario *Los Debates*. Esta tribuna y su *Profesión de fe* lo revelan al pueblo de Buenos Aires. Aparece como el hombre que ve con mayor sensatez y justicia la historia de donde arranca la nueva Argentina. La culpa es de todos: de los vencedores y de los vencidos. Buenos Aires ha tenido la exclusividad del puerto y de las rentas de su aduana. Es un tesoro inmenso que no se ha distribuido nunca entre las provincias. Y las provincias han vivido encerradas en su federalismo, sacudidas por los gobernadores rebeldes, que se levantaban contra Rosas, y adormecidas por los caudillos serviles, que se postraban ante Rosas. Mitre comprendió muy bien aquel extraño y complejo problema. El federalismo de los federales que querían una Constitución se unía perfectamente al constitucionalismo de los unitarios.

Unos y otros coincidían en sus propósitos de distribuir las riquezas de la aduana de Buenos Aires entre las provincias argentinas; pero a su frente habían tenido y tenían a los federales y a los unitarios que buscaban un aislamiento de las provincias para gobernar sin término, sin barreras constitucionales, y seguir disfrutando el tesoro del puerto de Buenos Aires. La historia que antes no comprendía este complejo político hoy lo ve con otras luces. Son las mismas que iluminaban a Mitre cuando escribía en *Los Debates* y el pueblo lo eligió representante. Había dos clases de federales: los apostólicos o rosistas, que querían la aduana de Buenos Aires para esta ciudad y no para el país, y los constitucionales o lomos negros que soñaban con una Constitución, con un Congreso, con una capital y con una aduana para todo el país y no sólo para Buenos Aires. Y había, también, dos clases de unitarios: los que seguían la escuela de Florencio Varela y querían la libertad de los ríos y un Buenos Aires para toda la Argentina, y los exclusivistas que pretendían prolongar el sistema rosista de las cadenas en los ríos y de la aduana solamente para Buenos Aires. Mitre se encontró con este choque de fuerzas que convertían el triunfo de Urquiza y la caída de Rosas en un nuevo campo de luchas y de inquietudes. Los federales rosistas coincidían con los unitarios que se resistían a la partición de la aduana. Este hecho explica

porque siguieron en el poder, en la Legislatura, en todas partes, los rosistas sin Rosas, se desconfió de Urquiza y se rechazó el Acuerdo de San Nicolás en que los gobernadores apoyaron a Urquiza en sus grandes propósitos de convocar un Congreso y dar una Constitución.

La historia considera el choque de Buenos Aires y las provincias como el choque de Mitre y Urquiza. No es la ciudad, no es el territorio de la nación lo que piensa. Piensan los hombres. No se encuentran los desiertos ni los muros de los edificios. Se encuentran las ideas políticas, en sus principios siempre más duros que la tierra y la piedra. Esta oposición de ideas venía de lejos, tan lejos como desde el 25 de Mayo de 1810. Buenos Aires había sido el puerto, y las provincias habían sido la soledad, la miseria y el hambre. Para colmo, los hombres de Buenos Aires habían prohibido navegar en sus ríos, los habían cerrado con cadenas, para defender la soberanía, decían; para impedir que el comercio, la riqueza, la inmigración y la cultura llegasen a las provincias y se dirigiesen, en cambio, a Buenos Aires. Mitre se encontró con estas presiones, tan firmes como en tiempos de Rosas, y con la amenaza de un segundo Rosas en un Urquiza que, para convocar un Congreso, había acudido a los gobernadores que habían sostenido a Rosas.

Hoy la historia hace justicia a Urquiza. Ha comprobado que sus promesas fueron nobles y sinceras; pero en aquellos momentos no era posible entregarse al azar y, menos, transigir frente a procedimientos que pretendían organizar el país por caminos que no eran legales. Hubo que combatir por la pureza de las intenciones y de los medios. Es lo que hizo Mitre. Y es lo que hizo Buenos Aires con la revolución del 11 de setiembre. Fue la revolución de los legalistas, de los mitristas, y también de los antiguos rosistas o porteñistas que no querían repartir entre las provincias las rentas de la Aduana y convertir a Buenos Aires en capital de la República.

La historia encuentra en el gran problema de la capital la clave de aquella separación. La provincia de Buenos Aires tenía la suerte y la desgracia de poseer una capital que todo el país envidiaba. Si la ciudad de Buenos Aires se transformaba en capital de la República, la provincia de Buenos Aires se hallaba, de pronto, decapitada, sin capital. La provincia más rica del país se habría reducido a la más pobre. Por algo se sublevó Buenos Aires. Por algo combatieron Buenos Aires y la Confederación. El Congreso de Santa Fe declaró a Buenos Aires capital de la Confederación Argentina el 4 de mayo de 1863; pero Buenos Aires no aceptó ese honor. Ello habría significado perder sus rentas, su poder, su dominio sobre el país. Eran los porteñistas, antes llamados rosistas, y eran los unitarios exclusivos los que se oponían. Mitre estaba entre ellos. Quería que Buenos Aires fuese la capital de la República, sin que esta transformación significase la ruina de la provincia de Buenos Aires. Urquiza había combatido a los rosistas desde afuera de

Buenos Aires. Mitre tuvo que combatirlos dentro de Buenos Aires. Era más difícil porque tenían el apoyo de otros unitarios y porque, como siempre, defendían Buenos Aires en contra del país. Cepeda, el 23 de octubre de 1859, es una tregua que hace jurar la Constitución. Pero la paz que podía haber sido definitiva no lo fue por la agitación que constantemente promovían los rosistas. Rosas estaba lejos, pero los rosistas seguían en el país. Algunos pensaban en retornos imposibles. Otros no cesaban en su empeño de dividir, de inquietar. Se llamaban nacionalistas, montoneros, defensores del pueblo: nombres con que se disfrazan los delincuentes y los asesinos. Sólo los rosistas fueron los culpables de las muertes de Benavídez, de Virasoro y de Aberastain en San Juan. Sólo ellos, con su odio a Buenos Aires, desencadenaron Pavón.

La correspondencia de Mitre y de Urquiza es un monumento a estos dos hombres que hicieron los mayores esfuerzos para salvar la patria. Cartas que podrían grabarse en bronce, párrafos que son principios eternos de justicia y de libertad. Los federales rosistas que componían el Congreso de la Confederación quisieron la guerra y Pavón fue el derrumbe de Derqui y la reorganización del país; pero no una caída de Urquiza.

Mitre hizo la Argentina moderna y respetó a Urquiza en la dignidad de su provincia. Mitre y Urquiza eran amigos hasta el primer instante de Pavón, el 17 de setiembre de 1861, y siguieron siéndolo, aún más estrechamente, después de Pavón. Fueron los amigos sinceros que, para bien de la patria, no temieron decirse las verdades más hondas. Urquiza tiene la gloria de haberse sacrificado, más de una vez, por la paz y el futuro de la Argentina. Mitre y Urquiza, siempre unidos por su correspondencia confidencial, no dejaron de consultarse en todos los problemas graves que vivió la Argentina. Ambos impulsaron los ferrocarriles, la cultura, la inmigración. La presidencia de Mitre representó la unión de todos los argentinos. Las aduanas fueron nacionalizadas. Grandes países europeos eran virtualmente nuestras colonias. Las balanzas de pagos dejaban saldos favorables que permitían a los extranjeros argentinos construir los palacios más lujosos de América y levantar otros en París. Las exportaciones nos traían miles de libras que hacían de la Argentina un país de inmensa riqueza. Pero ocultos en las sombras, con sueños absurdos, vivían los eternos traidores. No podían concebir el silencio de los caudillos. Mientras Mitre unía a las provincias con caminos, traducía a poetas ingleses, franceses e italianos, escribía obras históricas que el tiempo immortaliza, extendía una línea telegráfica entre Buenos Aires y Montevideo, encomendaba a Vélez Sársfield el Código Civil, que daría una unidad a la familia argentina, pedía a Carlos Tejedor que redactase el Código Penal y creaba los colegios nacionales de Catamarca, Salta, Tucumán, San Juan y Mendoza, los rosistas del Uruguay sembraban de temores las cancillerías del Brasil, del Paraguay y de la Argentina. El pre-

sidente del Paraguay fue la víctima mayor del rosismo. Hasta el enviado diplomático de Mitre, Lorenzo Torres, antiguo y ferviente rosista que aparentaba haberse plegado a la paz, inquietó al presidente del Paraguay con sus intrigas y sus infundios. El mismo López pidió a Mitre que no le enviase más a ese emisario. La política rosista volvió a incendiar el Plata. Mucho esperaban aquellos hombres del antaño en que habían sumido al Paraguay. Y cuando la guerra, desgraciadamente, se hallaba en su máximo desarrollo, los federales rosistas hicieron revoluciones traidoras en las provincias argentinas.

La historia hoy se admira de la labor serena, calma y profunda que realizó Mitre para pacificar el país. Hasta a Urquiza se le sublevaron sus hombres en un acto de traición pura para no defender la patria. Revoluciones en el Litoral, en el Norte, en el Oeste. Provincias invadidas por ejércitos que llegaban de Chile al grito de ¡Viva el Paraguay! dado por hombres que ni sabían dónde quedaba el Paraguay. Hoy nos asombramos de aquellos hechos, de aquellos caudillos o bandidos que algunos historiadores, aunque parezca imposible e increíble, se empeñan en defender. Es el revisionismo que en vez de revisar y decir verdades, calumnia, dice mentiras. Las mismas provincias, dirigidas por Mitre, aplastaron a aquellos traidores. La paz se hizo sobre ruinas humeantes. Los vencedores ayudaron a los vencidos a rehacer su patria heroica y gloriosa.

La acción del rosismo no se conformó con haber llevado la guerra al Paraguay. Cuando comprobó que no había podido, con esas tragedias, hundir a Buenos Aires, atizó el odio de las provincias en contra del viejo patriarca Justo José de Urquiza. El hombre que había derribado a Rosas fue asesinado por federales exaltados, continuadores del viejo rosismo, el 11 de abril de 1870. El análisis del proceso hecho a los asesinos clasificó a todos los matadores como federales y montoneros. Es bien sabido que otros hombres, rosistas puros, con la autodenominación de montoneros, asesinaron no ha mucho al ex presidente Aramburu.

En 1872 Sarmiento pidió a Mitre que solucionase una grave cuestión en Río de Janeiro. Fue una misión que unió estrechamente a la Argentina, al Brasil y al Paraguay. El Brasil mantenía en el Paraguay un ejército de ocupación. En muchos círculos se decía que tal vez el Brasil convirtiese al Paraguay en un protectorado o lo anexase a su imperio. Sin duda eran temores sin fondo. Mitre logró que el Brasil retirase sus tropas del Paraguay. Esta nación debe a Mitre el haber despedido a las fuerzas que lo ocupaban.

En 1874, Mitre condenó el fraude electoral. Se levantó en armas para defender la auténtica libertad de sufragio. Fue vencido y condenado a muerte. En la cárcel de Luján, donde había estado el general Paz, escribió el prólogo de su *Historia de San Martín*. Fue la primera gran visión histórica que presentó a América como el continente de la libertad.

El sueño de Alberdi, de erigir a Buenos Aires en capital de la República, fue hecho realidad por Mitre. El logró la paz entre las fuerzas sublevadas de Tejedor y las del gobierno. La Municipalidad de Buenos Aires le dio por su acción una medalla de oro. Era el año 1880.

La historia juzga a Mitre como al más grande de los argentinos después de San Martín. Fue uno de los hombres que más lucharon por la gloria de la Argentina. Fue también uno de los que más impulsaron su cultura. Desde las ruinas de Tiahuanacu y los poetas medievales, hasta los hombres de su tiempo fue el que más ahondó los arcanos de la historia, y la historia le rinde, reverente, su más alto homenaje.

Mitre en la organización nacional

Alfonso de LaFerrere

I. La unidad de vida y pensamiento, que fue uno de los rasgos preclaros de la figura histórica de Mitre, comienza a definirse en testimonios existentes desde los primeros años de su acción. Los encontramos en el "Diario" intelectual de su juventud, que abarca el período comprendido entre setiembre de 1843 y febrero de 1846. Mitre se encuentra entonces en Montevideo y actúa en la defensa de la plaza sitiada. En los intervalos de esa tarea lee infatigablemente y escribe referencias y reflexiones sobre sus lecturas. "Empiezo estas notas —expresa— en medio de las armas, el 26 de setiembre de 1843, siendo sargento mayor del escuadrón de artillería ligera y comandante de la batería 25 de Mayo en la línea de fortificaciones de Montevideo."

Además de una memoria de lecturas, el diario contiene, en síntesis, el programa de una vida. "La perfección intelectual y moral —dice— es la aspiración más noble del corazón humano. Yo, que me debo a mí mismo todo, todo cuanto sé, creo sentirme con las fuerzas suficientes para emprender mi educación a los veintiún años de mi vida. El hombre que 'quiere' ha hecho ya la mitad del camino con esto solo."

Todo el Mitre de los años maduros, en lo que tuvo de único, aparece ya en esas páginas, y él lo sabe. "El hombre —observa— vive de recuerdos y esperanzas. Lazo misterioso que une nuestras existencias en una sola, que a pesar de su variedad se combinan en una armonía como los tintes graduales de un paisaje." Así concibe la unidad de su vida. Al comprobarlo ahora viene a la memoria esta observación hecha por Lamartine sobre la juventud de Bossuet: "Habríase dicho que él mismo respetaba de antemano la autoridad futura de su nombre".

Su vocación enciclopédica se declara en la multiplicidad de sus lecturas, que se extienden a las letras clásicas y modernas, la historia, las ciencias, las religiones, el arte militar, la filosofía. Lee en español, en francés, en inglés, en italiano, en portugués; analiza y critica con independencia a los autores a quienes sigue. “Mi objeto —dice— es enriquecer y perfeccionar mi espíritu por la costumbre de la meditación y la comprobación de los pensamientos.” Mas en ese presuroso afán de saber, animado de continuo por las ondas de la poesía, dominan su curiosidad las dos metas que orientarán su derrotero: la historia nacional y las ideas políticas, que, entrelazadas, absorberán sus desvelos durante seis lustros capitales.

Asienta que ha escrito mucho ya sobre historia, que tiene innumerables notas respecto de ella, y cita su análisis de la batalla de Cagancha, en la que intervino, y su biografía de Artigas; pero conoce la insuficiencia de esos trabajos y anuncia que se ocupará de borrar lo que ha escrito, después de templarse en la meditación: “Entonces, y sólo entonces —afirma— me creeré capaz de escribir la historia de mi patria”.

Sabe también que, además de escribirla, le tocará influir en su organización futura. Por eso lee con preferencia a los autores aptos para orientarle. Recoge los juicios de Tácito, Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Maquiavelo, Michelet, Villemain, Thiers. Los doctrinarios de la Restauración el constitucionalismo de Benjamín Constant le instruyen sobre la evolución política europea; llega a su conocimiento el libro fundamental de Tocqueville; Maquiavelo le pone en contacto con la primera década de Tito Livio; Sismondi le informa sobre la Roma imperial y sobre las repúblicas italianas del medioevo; Daru le refiere los secretos de la política veneciana; Vico fortalece su idealismo inculcándole la noción del orden natural, fuente de la perpetuidad de la civilización en que después se formaron las repúblicas modernas.

De este modo se nutre para sus faenas venideras. Habla de un pacto que ha contraído consigo mismo, y escribe: “Puede asegurarse que no ha habido una generación tan trabajada como la nuestra, y por desgracia yo no veo la paz sino muy lejos, y tengo hecho el firme propósito de acompañar la revolución hasta el último trance”. Así va naciendo, entre quienes le tratan, el aura de considerada predilección que le acompañará en todo su camino. Militar y poeta, impulsor y moderador, docto y arrogante, matemático e idealista, cultor del pasado y constructor del porvenir. Ese es el Mitre al que dio su voto augural Esteban Echeverría, al que eligió como confidente Florencio Varela, por cuya influencia volvería a Buenos Aires el General Paz y en quien la generación de los organizadores reconoció de entrada, no obstante su juventud, talla de conductor nacional en la patria libertada de la tiranía.

II. Dueño de los atributos que habían de presentarlo como “ciudadano y jurista por encima de todo”, según lo ha definido

en unos de sus libros nuestro colega Carlos Sánchez Viamonte, era lógico que fuese Mitre el primero en esbozar las líneas de la organización nacional, al día siguiente de Caseros. Lo hizo por medio de su “profesión de fe”, publicada el 1º de abril de 1852 en “Los Debates”, diario que había fundado para sostener sus ideas.

Proponía la convocación inmediata del Congreso Constituyente. Afirmaba que el federalismo era la base necesaria del futuro estatuto, “porque todos los antecedentes constitucionales del país —decía— son federales”. Para lograrlo había que conciliar en una gran nación los intereses y la autonomía de todas las provincias, buscando la mayor suma de libertad y de poder posibles. Quería asegurar el triunfo definitivo de la democracia, mediante el sufragio directo y universal, la libertad de imprenta, el derecho de reunión y el derecho de publicar el pensamiento sin censura previa. Pedía la instauración de un sólido régimen municipal, la renovación periódica de los representantes elegidos por la mayoría, el juicio por jurados, la elevación del poder judicial como la más imperiosa de nuestras necesidades, la expansión de las escuelas primarias a fin de moralizar a las masas y prepararlas para la libertad, el fomento de la inmigración europea y esta invitación que merece destacarse porque en ella se anticipa la voz del futuro Preámbulo: “Fundemos la confraternidad argentina para extenderla a los hombres de todos los climas que vengan a buscar el amparo de nuestra Leyes”.

En el orden económico y social su orientación era igualmente segura. “Como natural punto de partida, enunciaba, adoptaremos el desarrollo de los intereses materiales, porque no hay cuestión económica que no envuelva una cuestión política o social, porque todo el porvenir de la Nación depende del arreglo y desenvolvimiento de esos intereses”. “Los intereses morales —agregaba—, que son una necesidad vital para los pueblos corrompidos por la pobreza, la ignorancia y el despotismo, fluirían naturalmente de la discusión de aquellos, que envuelven en sí el porvenir de la educación, la moralidad de las costumbres, los hábitos de labor y la propiedad en el ejercicio de los derechos políticos”. Coincidentemente, reclamaba las aduanas federales, la consolidación del crédito mediante la conversión del papel moneda, la mejora de las cárceles, la libre navegación de los ríos, la libertad de comercio, la justicia comercial, la organización del correo, la apertura de nuevas vías de comunicación terrestre y fluviales, la regeneración del ejército de línea llamando a sus filas a los ciudadanos interesados en el orden, “la fundación de colonias agrícola-militares para contener al salvaje y poblar el desierto”.

Esta enumeración sucinta de materias que se anticipaban al próximo capítulo de “declaraciones, derechos y garantías”, y que Mitre empezó a desarrollar en sus restantes artículos del mes de abril, es suficiente para poner de relieve que su palabra tuvo eco en el espíritu de los redactores de la Constitución de

1853. Dijo él que su programa era “el fruto de la experiencia y de la meditación de muchos años, formadas en el destierro, con los ojos fijos en la patria”. Otros habían sufrido las mismas pruebas y alentado los mismos ideales. El destino parecía disponer que todos juntos realizaran la gran empresa. Pero a esta altura del proceso la esperanza nacional encontró obstáculos que se prolongaron durante diez años.

III. Todos sabemos que esa crisis se produjo con motivo del Acuerdo de San Nicolás, aunque generalmente se achican los elementos del raciocinio y se llega a atribuir al partido de Mitre la responsabilidad del retroceso. He hablado largamente ante esta Academia, hace doce años, sobre las causas de aquel choque dramático, y no voy a desarrollarlas hoy por obvias razones de oportunidad y de tiempo. Pero el fondo del problema no quedaría esclarecido ante ustedes sin un previo resumen de las circunstancias que entonces se plantearon inesperadamente.

En la circular dirigida a los gobernadores para invitarlos a la reunión de San Nicolás, Urquiza les recomendaba que solicitaran para concurrir la autorización de sus respectivas legislaturas y sometieran luego a su aprobación el texto de lo acordado. Quedaba así establecido que el Acuerdo podía ser enmendado respondiendo a objeciones provinciales, como era elemental en derecho. Pero del envío de aquella comunicación, que era una invitación al debate, fue excluida sin razones la provincia de Buenos Aires, la única cuyos poderes de gobierno habían sido elegidos libremente después de Caseros, la única en la que no dominaba algún caudillo sometido de la era rosista. Esa exclusión aparecía al pronto como muy significativa, pues el Acuerdo otorgaba a Urquiza facultades nacionales que excedían las requeridas para su función transitoria de convocar al futuro Congreso y porque se había revelado que el 4 de mayo Urquiza había reunido en Palermo a varias personalidades para someterles un proyecto por el que se restauraba la ley rivadaviana de 1826 que federalizó como capital la ciudad de Buenos Aires y dividió el resto del territorio bonaerense en dos provincias, ninguna de las cuales llevaría su nombre.

La Sala de Representantes reclamó que el Acuerdo le fuera sometido y dispuso que ninguna de sus cláusulas tuviera aplicación en su territorio mientras ella no lo examinara para aprobarlo o proponer su enmienda, en ejercicio de los principios del régimen federal. El ruidoso debate suscitado a ese respecto es demasiado conocido, pero casi todos los que lo mencionan afirman que Buenos Aires rechazó el Acuerdo y que lo rechazó sin motivo. No lo rechazó, y tocó a Mitre proponer las condiciones en que se lo aprobaría después de afrontarlo. Esas condiciones eran las siguientes:

Buenos Aires se asociaría a la política constitucional de Urquiza; concedería el libre tránsito terrestre y marítimo de todas las mercaderías que se importaran para las provincias; se comprometería a sufragar todos los gastos de la organización

nacional; declararía su voluntad de ceder todas las funciones nacionales que mantenía, incluyendo la aduana, el puerto y el banco. Esto era lo que Buenos Aires se manifestaba dispuesta a acordar y que bastaba para que el Congreso pudiera reunirse y llenar sus fines. Entre tanto, conservaría su soberanía dentro del orden existente hasta que depositara en manos de los diputados la parte de que debería desprenderse, cumpliendo la ley suprema, en cuyo texto cedería la debida jurisdicción nacional, *pero sin dejar de ser provincia, ni destruir sus instituciones, ni fraccionar su territorio*; y mientras no hubiera una autoridad nacional creada por el Congreso y limitada por la Constitución, ni un ejército costado por el erario nacional, las fuerzas provinciales continuarían a las órdenes de su gobernador. Aquí se hacía visible que las objeciones de Buenos Aires se dirigían contra la amenaza de desmembrar su territorio, planteada en la reunión de Palermo y remitida luego a la decisión del Congreso. Entre el Acuerdo y el Congreso podía mediar un largo trecho, durante el cual imperase la voluntad omnímoda del Director Provisorio, revestido por el Acuerdo de atribuciones para intervenir en las provincias y disponer de sus rentas y de sus armas, o sea lo que Mitre, en su discurso, calificó de "dictadura irresponsable"; irresponsable jurídicamente porque no había junto a él ningún poder superior que limitara y juzgara sus decisiones.

Esta conducta de Buenos Aires, irreproachable desde el punto de vista federal, dio lugar a que Urquiza, aduciendo la actitud agresiva de la barra durante el debate, disolviese la Sala de Representantes, clausurase los diarios que no le eran adictos y desterrase a los diputados que se habían señalado por la energía de sus alegatos. Cinco meses de armonía para ventilar las discrepancias, habían tenido ese final violento. Y ello pudo hacerse en nombre de las facultades que el Acuerdo había conferido al Director Provisorio.

IV. La revolución del 11 de septiembre de 1852 restableció a las autoridades provinciales e interrumpió las relaciones bonaerenses con la Confederación. Había que aceptar la planteada situación de fuerza y afrontarla con medios análogos. Buenos Aires reaccionó, como está visto, en defensa del federalismo, tan importante para ella como para las demás provincias. Además de sus derechos autonómicos, proclamaba un principio fundamental en cuyo nombre se habían levantado las tropas que vencieron en Caseros. No había, pues, "separatismo", como tanto se ha repetido, sino apertura de una controversia histórica para fortalecer las bases necesarias de la unidad nacional.

Para demostrarlo, la Sala de Representantes publicó un manifiesto, que fue redactado por Mitre y que estaba dirigido "a los gobiernos y a los ciudadanos de las provincias hermanas de la Confederación Argentina". En sus páginas se reiteraban las fórmulas de coincidencia propuestas en el debate de junio y se exponían las normas en que debía fundarse la interrumpida organización, sin que ninguna provincia quedara en situación

de imponerse sobre las otras. De ese documento, fechado el 19 de septiembre de 1852, ha dicho Rodolfo Rivarola que es de gran valor para la biografía de Mitre y que “no es fácil que pueda encontrarse en aquella época o en otra anterior o posterior, otro capítulo político más vigoroso, más dialéctico, más elocuente, en que el ideal patriótico aparezca más sentido y mejor expresado, y en que sean más claramente expuestos los ideales de la organización política y social de la República”.

Antes de Caseros, Mitre se había consagrado al estudio de las ideas que debían guiarnos en la todavía lejana organización; antes del Congreso Constituyente de 1853, había trazado el cuadro de normas en que debían inspirarse sus tareas y había dado, con palabras y con hechos, la voz de alarma ante cualquier tentativa de quebrantar el sistema federal. Nunca fue “separatista”, ni tuvo un ideal más firme e indeclinable que el de la unión de los argentinos. Defendió el federalismo contra el Acuerdo de San Nicolás cuando los hechos le dictaron ese deber; pero luego necesitó defenderlo también contra algunos de sus propios compañeros de causa, y lo hizo con la misma energía y con la misma lucidez de ciudadano y de jurista. Vamos a verlo.

En 1854 se reúne la asamblea de la disidente Provincia de Buenos Aires, para dictar una nueva constitución. En el proyecto de la comisión se dice que la provincia está “en el libre y exclusivo uso de su soberanía interior y exterior”. Mitre se opone, como se opone a que se legisle sobre ciudadanía, por tratarse de materias de orden nacional, y él no acepta que el orden nacional esté roto para siempre. Dice entonces: “Hay, señores, un pacto, un derecho, una ley anterior y superior a toda Constitución, a esta Constitución, así como a cualquiera otra que nos demos en adelante. Hay, señores, una Nación preexistente, y esa Nación es nuestra patria, la patria de los argentinos. El pacto social de esa Nación, el derecho, la ley preexistente que debe servirnos de norma, se halla aquí en este mismo recinto. Allí está: es el Acta inmortal de nuestra independencia, firmada en Tucumán el 9 de julio de 1816 por las Provincias Unidas en Congreso. Este pacto, anterior y superior a toda ley, debe ser el punto de partida de los legisladores; y mientras una revolución no se consume, mientras él no sea desgarrado por la mano de la anarquía o de la violencia, mientras esto no suceda, mientras él subsista, estamos sujetos a todos los deberes que ese gran pacto nos impone, como miembros de la asociación argentina”. Porque entonces no tuvo buen éxito ante la asamblea, a aquella hora patética de su vida se le ha llamado “la soledad de Mitre”.

Jamás creyó que la secesión de Buenos Aires pudiera prolongarse indefinidamente. Pero entendía que la unión no podría establecerse con solidez mientras no se corrigieran, mediante reformas orgánicas, los errores que habían afectado al federalismo. Malquerencias, antagonismos, conflictos, hasta sitios, fueron postergando el día de las soluciones generosas; y cuando la última batalla puso en sus manos los destinos de la Nación,

debió entregarse otra vez a la tarea paciente de sosegar recelos y arrebatos. Las cartas de 1861 publicadas en su Archivo prueban que debió chocar entonces con la opinión de buena parte de sus filas. Leales adeptos y amigos íntimos le incitaban a que abusara de su victoria y hasta que volviera a la Nación al estado constituyente, desandando el camino, para dominarla sin reatos. Esa exacerbación del sentimiento provincial, fuente de errores que Mitre no compartió, ofuscaba momentáneamente a muchos espíritus. Situado en el Rosario para dirigir la pacificación del interior, Mitre contestaba al gobierno delegado de Buenos Aires con razonamientos tranquilos y se negaba a admitir que la paz fuera imposible. Aceptaba mediaciones para entenderse con Urquiza previa aceptación de la política del vencedor. Sabía que, aunque su situación estaba bien consolidada, era indispensable seguir adelante suprimiendo asperezas y cuidando susceptibilidades para llegar a una conciliación de las dos grandes influencias legítimas que subsistían en la escena nacional. Mitre defendía principios y no fines de dominio exclusivo. Confiaba, sobre todo, en la virtualidad de la Constitución reformada en 1860, que había fortalecido los cimientos del federalismo y en la que él había tenido papel tan decisivo, en nombre de convicciones doctrinales que lo llevaron a luchar infatigablemente por ese desiderátum nacional. Sabía, en suma —y así lo probó después en su memorable presidencia— que, como lo dijo su adversario político Aristóbulo del Valle, “los tiempos le reservaban la gloria imperecedera de consolidar la unión de todos los pueblos argentinos”.

Mitre, el repúblico

Carlos Sánchez Viamonte

Alguna vez he dicho públicamente que si una decidida predilección espiritual es causa suficiente para oponer tacha de parcialidad, debo empezar declarándome alcanzado por ella. Me siento vinculado a Mitre desde mi nacimiento y aún desde antes de mi nacimiento. En el hogar de mis padres su figura patriarcal ocupó un lugar privilegiado. Mi infancia transcurrió en un ambiente en el que Don Bartolo estuvo siempre presente en espíritu, como personaje familiar, con venerabilidad de abuelo un poco legendario, y entre mis más claros recuerdos está el relativo a su muerte, ya que no alcancé a conocerlo en vida.

Cuando ocurrió su fallecimiento, mi padre recibió la noticia en la ciudad de La Plata y resolvió trasladarse inmediatamente a Buenos Aires trayéndome consigo, porque quería fijar con tonos indelebles en mi memoria esa única visión que yo podía tener de su figura corporal. Recuerdo que en la tarde del día 20 de enero de 1906, cuando ya habían sido llevados los restos

de Mitre a la Casa Rosada, mi padre y yo, tomados de la mano para que no nos separasen los movimientos de la multitud, formamos en la larga fila silenciosa de los que se proponían contemplar por última vez la noble cabeza del prócer y rendirle emocionado homenaje.

Nunca podré olvidar las impresiones de aquel atardecer estival en que, después de prolongada marcha, me detuve un instante junto al féretro en donde reposaba definitivamente aquel a quien yo siempre había respetado y amado, y que recibía ahora la acongojada despedida popular. Dos cosas me impresionaron por encima de todo: el visible dolor de mi padre y la extraña circunstancia de que para nadie estaba justificada aquella pérdida, no obstante que la edad del prócer convertía su desaparición en el cumplimiento sencillo, lógico e inevitable de una ley natural.

Mitre fue uno de los personajes predilectos en el escenario de mi pensamiento infantil, que borraba fronteras y actualizaba los pasados siglos, ignorando si debía colocarlo en el Olimpo o en la leyenda homérica a la diestra de Néstor o en el ágora ateniense en compañía de Arístides y de Pericles o en el Senado romano entre Catón y Cincinato. Acaso la ignorancia iluminaba mi espíritu incipiente con una lección que olvidamos en el camino de la vida: la virtud es la substancia prístina de los héroes y solamente ella tiene derecho a perpetuarse en la memoria humana.

Con el transcurso del tiempo se ha refirmado mi admiración por Mitre, y si en este acto de la Academia de Ciencias Morales y Políticas escojo el aspecto de su personalidad de repúblico, no dejo de reconocer, como Manuel Gálvez, que nadie le negará el haber sido un héroe de la inteligencia y del saber, aunque no creo que sea ésta su verdadera grandeza. Hay en Mitre algo más importante, y consiste en lo que le reconoce Joaquín V. González en su "Meditación de un platónico" titulada "Mitre y la belleza moral", "la belleza moral en política", donde tan rara vez florece! Por eso he titulado "Mitre, el repúblico" esta breve disertación y lo hago en estos momentos de la vida argentina en que su conducta es una lección que todos debemos escuchar.

El 12 de abril de 1862 el general Bartolomé Mitre era Gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Vencedor en la guerra civil sostenida por esta provincia contra el gobierno nacional, se hizo cargo del Poder Ejecutivo Nacional mediante un decreto dictado poco después de la batalla de Pavón. En ese decreto invoca la delegación que le han conferido expresamente trece de las catorce provincias argentinas y la décimocuarta ha declarado estar dispuesta a seguir el ejemplo de las demás.

El decreto de Mitre deja perfectamente aclarada la situación jurídica en que se coloca el Gobernador de Buenos Aires como *simple encargado del Poder Ejecutivo Nacional*.

De su texto resulta: 1º) El Gobernador de Buenos Aires asume el Poder Ejecutivo Nacional en uso de las autorizaciones que han sido espontáneamente delegadas por los pueblos; 2º) Esa autoridad delegada sólo convierte al Gobernador de Buenos Aires en Encargado del Ejecutivo Nacional; 3º) Se dará cuenta de todos los actos al Congreso General, ante el cual serán responsables sus autores; 4º) En materia de relaciones exteriores, se limitará a mantenerlas sin comprometer directa ni indirectamente la soberanía exterior de la Nación; 5º) En el régimen interno se limitará al mantenimiento del orden público y a la observancia de la Constitución Nacional, a atender la seguridad de las fronteras, a la percepción de las rentas, con cargo de rendir cuentas detalladas al Congreso, y a los demás asuntos de carácter urgente que puedan sobrevenir.

¡Ojalá valiera esta lección de Mitre como un ejemplo a seguir por los militares argentinos de todos los tiempos, sin excluir el presente!

El mejor homenaje que podemos rendirle en este acto es consignar aquí su pensamiento rector en breves párrafos entresacados de su profusa obra escrita. En ella nos deja un legado aún no incorporado definitivamente a nuestra vida orgánica como Nación.

Decía Mitre: “Poder irresponsable es aquel que no tiene contrapeso, ni obligación de dar cuenta a nadie de sus acciones, ni autoridad superior a él que pueda fiscalizarlas. Poder despótico es todo poder especial establecido fuera de las condiciones del derecho natural o escrito y que, por consecuencia, no tiene ley ni regla alguna a qué ajustarse”.

Su aspiración a la pureza del sufragio y su repugnancia por el fraude están de manifiesto en estas palabras: “...Si yo creyera que en el fondo de la urna que me proclamase Presidente de la República había un solo voto falso, declinaría el alto honor de presidir los destinos del pueblo argentino, porque el que busca o acepta el gobierno de un pueblo libre por medios indignos, no es digno de gobernarlo.”

Acerca de la ley marcial afirmó rotundamente: “No es institución de pueblos libres”. Y agregó: “Los que quieren aclimatar entre nosotros la ley marcial olvidan nuestra Constitución, desconocen la naturaleza de esa ley y no recuerdan los antecedentes del pueblo en que se pretende introducir.”

Precisó el concepto del estado de sitio con estas palabras: “El estado de sitio es una facultad constitucional dada por el pueblo al gobierno para proteger al pueblo y no oprimirlo... Los que sostienen que el estado de sitio autoriza al gobernante a hacer ‘lo que le dé la gana’, necesitan matar la libertad de la prensa para que la voz de la razón no encuentre eco, como el que apaga las luces para cometer un delito.”

No obstante su condición de militar, condenó el “militarismo” con singular energía y clara conciencia democrática, dicién-

do: "El militarismo, como hecho, o es el pretorianismo brutal, o es el despotismo militar bajo la férula de una espada, o es el gobierno de la fuerza armada en equilibrio en la punta de una bayoneta. Como tendencia, es la propensión a gobernar con el ejército, en vez de gobernar con la opinión pública y con la legalidad, confiando más en la fuerza de las armas que en la del derecho. ... En el orden interno de las naciones gobernar con el ejército es hacer al ejército árbitro del gobierno... Al fin este sistema, si tal puede llamarse, se resuelve en la política del cuartel."

Joaquín V. González, que no pertenecía a las mismas filas políticas de Mitre, dice de él: "La limpieza originaria de su temple moral, que no enturbiaron las más agrias injurias del odio ni las más sombrías ingratitudes de la debilidad humana, ni esa dolorosa filosofía de la vejez que llena de amargura los versículos del Eclesiastés, no fue empañada por vahos del excepcionalismo, del desaliento o el hastío; la más viril confianza en las fuerzas perennes de la raza y de la nación, surgió de sus labios en la oración de jubileo para retemplar los vacilantes, levantar los caídos, reanimar los muertos de la muerte moral e intelectual: "No faltan entre nosotros —dijo— presagios siniestros que nos condenen a la impotencia para fecundar la tierra que habitamos pensando que somos ya una raza decadente antes de haber alcanzado el crecimiento normal... No; no hemos degenerado como hombres ni retrogradado como colectividad, ni somos inferiores a la tarea que nos está encomendada como jornaleros. Somos una nación nueva en formación, cuyos perfiles diseñan su tipo definitivo formando una nueva raza con el concurso de todas las razas nobles del mundo civilizado, y que, a pesar de sus deficiencias, de sus desvíos políticos y sociales, de su inexperiencia para gobernarse, constituye un organismo sano y robusto que tiene en sí los gérmenes de la vida duradera y la potencia virtual para corregir e imponer su condición."

En 1901 anunciaba, a los ochenta años de edad, el próximo centenario de Mayo y decía: "Yo saludo, desde mi ocaso, la aurora de ese memorable día venidero, animado de la grande esperanza de que, dentro de la duración de las cosas humanas, nuestra patria entrará triunfante ese día en la inmortalidad de la vida de los siglos."

No es extraño que Paul Groussac, al verle un día pasar por la calle, dijera en voz baja: "¡Es la patria que pasa!"

Perfil moral de Mitre

Juan Antonio Solari

Hace bien la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas en celebrar el sesquicentenario del natalicio de Mitre.

Cumple así un deber de reconocimiento histórico y de docencia pública al exaltar la vida y obra del patricio. Porque es en arquetipos de su estirpe humana, intelectual y moral donde hemos de hallar guía y estímulo para la ardua y difícil tarea de nuestro tiempo. Al continuar la línea histórica de la nacionalidad y sus fundadores, más allá de prédicas sospechosas y mendaces, empeñadas en ignorar o despreciar un glorioso pasado —que es siempre presente y futuro para los argentinos celosos de la suerte de su tierra—, ellos nos trazan la ruta de una acción que ha de llevarnos a consolidar y enriquecer el legado de que somos depositarios y responsables. No será, desde luego, escuchando a fabricantes de recetas salvadoras —ya ensayadas y fracasadas en otras partes del mundo—, que afrontaremos el indeclinable compromiso de resguardar y defender, con las instituciones democráticas, la libertad y la justicia. Son las voces rectoras de nuestra Historia, las de quienes la forjaron desde los días augurales de Mayo y Julio, pensadores, militares libertadores, políticos y estadistas que organizaron y enaltecieron la Nación, las que hemos de atender para completar su mandato conforme a las exigencias de esta época, no la insidiosa campaña de presuntos exégetas y regeneradores cuya oculta meta se confunde con el marasmo colonial, la consiguiente nostalgia fernandina y la ominosa tiranía de las “facultades extraordinarias” y la mazorca.

Mitre simboliza y encarna, a través de tres generaciones y de setenta años de incesante brega, las luchas, afanes y esperanzas de la patria nacida en 1810. Así lo testimoniaron sus admiradores, los que fueron sus adversarios y así lo proclama la posteridad. Todos, sin los apasionamientos y polémicas de ardorosas pugnas, coincidimos en reconocer en él a uno de los paradigmas de la nacionalidad democrática, con su vida plena de nobleza y dignidad, orientada, desde sus primeras etapas, por “el amor a la libertad y el sentimiento de justicia”, siempre bajo el signo de una probidad ejemplar y con su obra de auténtico paladín de nuestra organización constitucional y de la unidad argentinas.

No, no puede ser ya, no es la adhesión militante de las multitudes de sus días. Es algo más: es, a la luz de análisis y comprobaciones fundados y serios, la cabal corroboración de una conducta y un pensamiento que, sin desertar un solo instante del deber impuesto en cada circunstancia al ciudadano y al patriota, no dejó de estudiar, actuar y orientar. Porque no fue caudillo, ocasional de un episodio, por importante o memorable que resultare; fue, para decirlo con palabras que le eran gratas, el incansable jornalero de una tarea, antes que personal o de círculo, de la Nación, al servicio de lo que entendió vinculábase al presente y al porvenir de la misma. Por esto ha podido decirse con verdad: “No buscó nunca la popularidad y conquistó la gloria”, enfrentando, en defensa de principios que consideró indeclinables, todas las contingencias, exponiéndose en ocasio-

nes a quedar sólo, firme en su ciencia y su conciencia. Tenía las condiciones y aptitudes de un hombre llamado a gravitar en los destinos de su pueblo, pero su ética, su talento y el respeto que se debía a sí mismo no lo convirtieron jamás en uno de esos personajes tan frecuentes en nuestra azarosa experiencia política y cívica, que sólo atinan a halagar a las masas con fines inconfesables y menguados. Expresión viva y vehemente como jefe de partido, sostenedor de un programa, sin caer en la ortodoxia y la intransigencia estériles, abiertos mente y espíritu a soluciones racionales y generosas, en vista de las necesidades y anhelos del país, tribuno vibrante de asambleas públicas y legislativas en su iniciación, Mitre alcanza, sobre todo, la jerarquía del estadista, del hombre de gobierno, de autorizado y respetado conductor de la opinión. Es cierto que “escribió historia con su pluma e hizo historia con su espada”, mas ello, con ser uno de los rasgos esenciales del prócer, sólo señala una faz de su ciclópica faena, pues a la pluma y la espada unió el verbo clarividente y enjundioso del político, la acción fecunda y renovadora del gobernante, el liderazgo indiscutido de una causa nacional, su entrega sin reposo a una labor de estudioso y publicista que abarca los más dilatados horizontes de la cultura y sobrepasa los límites de una existencia humana. El Don Bartolo aplaudido y reverenciado por nuestros abuelos y nuestros padres, no es menos admirable que el General. Ofrece, en el luminoso conjunto de su obra —matemático, poeta, filósofo, orador, bibliófilo, historiador, militar, periodista, constituyente, parlamentario, gobernante, traductor, político—, la enseñanza no igualada en nuestro medio de una poderosa fragua del intelecto investigador y del carácter disciplinado, hasta llegar a la suprema concreción de una gesta histórica en la que se armoniza la pasión sembradora del patriota y el demócrata con la entrañable vocación prístina del humanista y del artista, sin perder nunca su señorío, su augusta serenidad frente a la derrota o el triunfo, el dolor o la alegría, con sujeción a principios honorables y a los ideales de la República.

Es un anticipo del juicio histórico, quienes no se contaron con frecuencia entre sus parciales políticos, dijeron palabras de categórica consagración. Pellegrini fue uno de ellos. “De todos los hombres públicos que aparecieron en ese momento sobre la escena política —manifestó—, el más completo fue el general Mitre, pues poseía tal variedad de virtudes, de aptitudes y de facultades, cual no conozco reunidas en otro estadista propio y extraño, y si alguno pudo igualarlo en una especialidad, ninguno las reunía en condiciones tales que le permitieran actuar en primera línea y con igual eficacia en todas las escenas.” Aristóbulo del Valle lo considera “el estadista reflexivo y sereno, a quien los tiempos reservaban la gloria imperecedera de consolidar la unión de los pueblos argentinos”.

Octavio R. Amadeo, eminente y recordado amigo, en una de sus hermosas y emotivas semblanzas, afirma que Mitre “fue

político en la más noble acepción. Hizo el juego grande de la política. El apolítico no puede llegar a hombre de Estado. No hablo —agrega— del apolítico profesional más intolerable aun que el político profesional. “El político espera siempre” dice Barthou. Pero Mitre no esperaba en la puerta de calle, y no siempre se le arrancaba de sus libros, porque su fuerte unidad era la adaptación difícil; exigía su clima. Por eso no pudo vivir picoteando las migas, como una paloma, en las manos de ningún dictador; de ahí sus ostracismos, sus prisiones, su soledad”.

* * *

Tal es el estilo inconfundible que realza la acción de Mitre, el fundamento moral de su personalidad y su grandeza, exaltadas, entre otros, por Joaquín V. González, en páginas magistrales.

Varón digno de Plutarco, figura consular de la patria, todo confluía en él para fijar con rasgos excepcionales el perfil inconfundible de una personalidad rectora. Con “su fisonomía suave y melancólica —evocada por Zinny cuando Mitre tenía 40 años—, que parece conservar un dulce reflejo de los padecimientos de la proscripción; su porte noble y austero, su circunspecta franqueza, su discurso fácil y elevado, y hasta ese recuerdo vivo de la guerra civil que el acaso hizo llevarse en la frente, tal vez para señalarlo a las multitudes como un predestinado, todo contribuye a que sea acatado, despertando el más sincero entusiasmo donde quiera se presente”, “al anciano de ojos glaucos, sencilla indumentaria, noble cabellera romántica y un chambergo negro” de sus años postreros, Mitre jalona triunfalmente una trayectoria ética, intelectual y cívica en nuestra Historia.

Fue leal a normas de conducta y de superación esbozadas tempranamente en su “Diario” juvenil, y no olvidó la espartana carta del padre en vísperas de Cagancha.

A través de larga y aleccionadora experiencia, junto a quienes fueron sus maestros y amigos —Las Heras, Rivadavia, Lavalle, Florencio Varela, Echeverría, el general Paz, entre otros ilustres compatriotas—, fue forjándose el temple moral de Mitre, en la escuela del dolor, el patriotismo, el trabajo, la responsabilidad y el deber, que es en la que se forman los grandes caracteres.

Son muchas las etapas de la actuación de Mitre reveladoras de su alcurnia espiritual y ética. Puntualizaremos sólo algunas.

Después de Caseros, en Palermo, defiende a Sarmiento ante una manifestación molesta de Urquiza. Lo hace con serena altivez e impresiona con su noble gesto al Libertador de la tiranía. Años después, en vísperas de Pavón, rodeado por sus amigos que vislumbran el triunfo, Mármol pregunta qué suerte correrá el jefe de los ejércitos de la Confederación si es tomado prisionero en la batalla. ¿Será desterrado, sufrirá severo castigo o acaso, en opinión de los más, se lo fusilará? Mitre, imperturba-

ble, responde: —“Si yo tuviera la felicidad de triunfar y tomar prisionero al general Urquiza, lo colocaría a mi derecha, mandaría batir marcha regular y le haría revistar, junto conmigo, al ejército victorioso”...

Durante su presidencia de la República guiado por un programa que tenía presente ante todos los intereses de la Nación y el afianzamiento de sus instituciones, debió enfrentar más de una vez a sus propios correligionarios, agitados por una intemperancia que llegaba de hecho a los mismos excesos que decían combatir. Logró al fin aquietar las pasiones y enderezar el país hacia soluciones constructivas y democráticas, difíciles de alcanzar tras veinte años de tiranía y agobiado por su herencia de odios, oscuros intereses y desprecio de la ley y el derecho. “Rechazar el concurso del general Urquiza —le escribe al gobernador Manuel Ocampo— sería declarar que queremos lo mismo que los federales querían: es decir, matar a todos sus enemigos, porque aún cuando los pudiéramos hacer, tal política sería torpe e indigna, y por mi parte jamás seré su instrumento, y si el general Urquiza da por garantía hechos positivos que respondan a nuestro anhelo, el contestarle con cañonazos no tendría justificación”.

Ideas y sentimientos de unidad nacional y convivencia pacífica que el tiempo afirmaría, se hacen presentes en la Constituyente del 54 y el 60 y le permiten hablar al pueblo, después de presidir los destinos del país, con palabra juiciosa y experimentada.

Mitre dio, asimismo, una lección infortunadamente olvidada entre nosotros. Llamó a formar parte de su gobierno, en altas funciones judiciales y en la enseñanza, a prestigiosas personalidades que habían colaborado con Urquiza en Paraná, como Gorostiaga, del Carril, Seguí, Pico, Juan María Gutiérrez...

¿Quién, sin la elevación de miras y la clara conciencia del deber cumplido de Mitre, pudo guardar silencio durante 36 años sobre la campaña del Paraguay, en lo referente a sus divergencias con los altos jefes aliados respecto al paso de la escuadra frente a Curupaytí y Humaitá? Se le formularon graves cargos atribuyéndole errores casi imperdonables en la dirección de la guerra. Pudo destruir inmediatamente todas esas imputaciones, pero no lo hizo. Sólo cuando consideró que ya no estaba en juego solamente su buen nombre personal, sino también el de su país y el de todos quienes habían estado a su lado, rompió en silencio. Y en septiembre de 1903 abrió su archivo para la divulgación de la verdad de los hechos. Las cartas exhumadas probaron que Mitre tenía razón.

¿Cómo no recordar su actitud frente a la sucesión presidencial y a la carta que le hace llegar José María Gutiérrez? Su respuesta, de octubre de 1867, desde Tuyú-Cué, en el Paraguay, cuya significación ejemplar en la vida política argentina es indudable; traduce la visión de un estadista que aconseja “usando

de su autoridad moral y sin prevalecerse de su posición oficial". Habla como líder de un partido, al que quiere ver triunfar por sus cabales y legalmente, sin prestarse al juego de influencias y ambiciones que, si movían a determinados círculos, nada bueno podían deparar a la Nación. El que escribió esa carta —comenta el autor de "Vidas Argentinas"— era un estadista, pero era algo más: "era un hombre de bien". Está escrita con una terrible sinceridad y, en este país, el documento es único en su género. No es su letra la que impresiona, sino su espíritu, su verdad. Mitre perdió la elección, perdió su partido y su posición política, llegó a quedar solo, mas no perdió su fe, ni su autoridad moral ni la gloria, que un día, al pasar con un visitante ilustre frente a la casa del patricio, suscitaron en Roca este juicio, no por conocido menos justiciero:

—“Ahí vive un hombre que sin Congreso, ni ejército, ni escuadra, ni otra cosa que su nombre, es el poder más fuerte que existe en la República”.

Deberíamos señalar aún otras etapas de su actuación, igualmente reveladoras de su jerarquía moral y noble desinterés. En 1873, encontrándose en misión diplomática como ministro plenipotenciario ante el gobierno de Paraguay, acepta la candidatura a presidente de la República, auspiciada por numerosos pueblos de la provincia de Buenos Aires. Los acontecimientos políticos y la elección del año siguiente lo llevan a declinar esa candidatura y a ponerse al frente de un movimiento revolucionario —que creía justificado aunque no fuese partidario de su realización—, como protesta armada contra una situación que el Dr. José C. Paz, desde "La Prensa", afirmó que obligaba a "trocar la pluma por la espada". El gobierno cierra la imprenta de "La Nación", da de baja como militar a Mitre que, vencido en la lucha, es sometido a un consejo de guerra que "juzgaría con arreglo a las leyes militares a los jefes y oficiales que tomaron parte en la rebelión". Preso en la cárcel de Luján, escribe el prólogo de la "Historia de San Martín" y otros ensayos históricos. En marzo de 1875, luego de prolongada clausura, comienza a publicarse en "La Nación", como folletín, la mencionada Historia sobre el Libertador. Desde la prisión del Cabildo de Luján, Mitre es trasladado con otros oficiales al cuartel de Retiro. Hace su memorable defensa por intermedio del alférez Santiago Stoppani, siendo finalmente sobreseído por decreto gubernativo, ordenándose su libertad junto a los camaradas capitulados en Junín.

Al margen de las dramáticas alternativas de los hechos, ante la amenaza que podían ser extremas, Mitre impresiona como un hombre que afronta serenamente el peligro, entregándose a sus trabajos intelectuales, en la certeza de que ha cumplido, al asumir la total responsabilidad de los hechos, deberes ineludibles impuestos por graves contingencias nacionales.

Su política de "Conciliación" del 61 con Urquiza, en 1877 ante el llamado pacificador de Avellaneda y la del "Acuerdo"

en 1891 señalan otras etapas demostrativas de su generosa visión del progreso político argentino. Y, con prescindencia de la opinión con que esa política sea juzgado según criterios circunstanciales y respecto a su resultado inmediato, lo que no puede discutirse —como se ha dicho—, es la alta y sin duda desinteresada inspiración que lo guía. Mitre luchaba por la verdad del sufragio, confiando en que por los medios legales y no por la fuerza se alcanzaría por fin el mejoramiento institucional anhelado.

Su actitud junto a la juventud que alza su protesta contra el unicato y el incondicionalismo en el mitin que fue el prólogo de la Revolución cívico-militar del 90, es la de un auténtico líder, un jefe indiscutido de la democracia y el civismo argentinos.

En 1891 acepta la candidatura presidencial proclamada por la Unión Cívica, hallándose en Europa, “como solución nacional o como la reivindicación del sufragio”. Su regreso al país fue una apoteosis. “Acabamos de asistir a una elección sin urnas” —comentó “La Prensa”—. Mitre, empero, comprende que es urgente trabajar por la pacificación del país y, para ello, llegar a un acuerdo de bases más amplias. Renunció a su candidatura, es decir a la presidencia, a fin de iniciar la política del Acuerdo con el general Roca, “que permitió una evolución, que si no era la mejor, fue la más eficaz”. Su actitud no es comprendida, ni en oportunidad de la gran conciliación argentina iniciada por Avellaneda ni en la última circunstancia referida. Su prestigio popular se ve disminuido, corre el riesgo de quedar solo y aislado. No se inmuta ni perturba. En el 77 un amigo le advierte: “Vengo a prevenirle, general, que lo van a matar si sale a la calle”. Mitre se pone el sombrero y deja su casa. Se mezcla entre las gentes, imperturbable, en un gesto que “no es orgullo, sino impavidez, resolución en el deber, desprecio de una popularidad” que fue tal vez el origen de la que, finalmente, rodeó su nombre y su figura con rasgos históricos. Luego del Acuerdo, se refugia en su biblioteca, ajeno a la hostilidad tormentosa que se agita en torno suyo.

“Tenía pereza de tener miedo”, se dijo de él. Sabía ocupar su puesto, asumir las consecuencias de sus resoluciones, con una “impasibilidad espartana, levemente taciturna”, más allá de cálculos mezquinos y estridencias mesiánicas. De ahí la autoridad que le asistía para proclamar, refirmando ante el pueblo, al finalizar el mandato presidencial, su prédica por la purificación del sufragio popular, la necesidad de “robustecer la acción legal de los poderes públicos”, “equilibrar la influencia de la opinión con la fuerza de esos mismos gobiernos”, “educar al pueblo para luchar con la ignorancia que puede vencernos por la masa”. Pues “todo esto no lo hemos alcanzado todavía ni lo alcanzaremos —sentenció— por la virtud cívica, por la perseverancia en los propósitos, por la tolerancia recíproca, no fiando a luchas fra-

tidas la solución del problema, ni provocar imprudentemente nuevas resistencias, que pueden dar origen a nuevas reacciones que tengan su razón de ser en cuanto al hecho, dado que el estado de nuestra sociabilidad y lo incompleto de nuestra educación constitucional. De estos males, de estos abusos, de estos dolores y de estos peligros cuya existencia es visible, "todos somos solidarios y todos somos responsables".

¿Seremos capaces los argentinos, en esta inquietante encrucijada de la República, de imitarlo y aprender su lección política y democrática?

¿Quién, sino una personalidad de la gravitación moral de Mitre, ante la inminente federalización de Buenos Aires y la elección presidencial, con su sola presencia, dirigiéndose a la barra en actitud resuelta y valiente, pudo evitar que los rifleros descargaran sus armas sobre los diputados roquistas en la sesión del 7 de mayo de 1880 en que la Cámara, por 43 votos contra 40, terminaba de aprobar los diplomas de los electos en recientes comicios para renovar la mitad de la misma? ¿Quién que no fuera él, producida la revolución de ese mismo año, gozaba del prestigio necesario para actuar como pacificador y lograr que no se produjeran nuevos y cruentos enfrentamientos? Al salir Mitre de Belgrano, luego de concertar la paz con el presidente Avelleda, Carlos Pellegrini comentó los hechos con estas palabras: "¡Sólo un hombre de su grandeza moral ha podido hacer esto!" En verdad, fue la autoridad de Mitre la que obtuvo que cesara la lucha, salvando al país de la anarquía, incluso "con explicable dolor de muchos de sus sentimientos personales, indisolublemente unidos al orgullo de Buenos Aires".

Así era Mitre, así procedía en instantes de dura prueba para los destinos de la Nación, cuyas bases de organización constitucional había contribuido a consolidar desde el gobierno y en su fecunda actuación cívica e intelectual.

* * *

Llegó a la altura de una gloriosa ancianidad rodeado de la admiración y el respeto de su pueblo. Su vida, trasunto de largos afanes, derrotas, triunfos y sinsabores, sintetizaba la marcha de la República. Ejercía, por derecho propio, el gobierno moral de la patria. El tiempo implacable se había llevado, no sólo a la gran compañera de su hogar y a tres de sus cuatro hijos varones, sino a todos sus maestros, amigos y camaradas de cien jornadas memorables. Quedaba él, vigía alerta de la evolución argentina, atento siempre a sus problemas y anhelos más entrañables. Bandera y antorcha, orientaba e iluminaba la marcha, aislado en su casa, militar en retiro, sin partido político y sin sinecuras ni apoyos oficiales. Como desde la mocedad, guiábalo en sus trabajos sin reposo, el mismo amor a la libertad y la justicia. Dante y Horacio alentaban su inquietud inmarcesible de creador. Y, como escudo victorioso, la modestia y austeridad que fueron el rasgo saliente de su perfil humano y ético.

“No dirán que soy una carga para mi país”, decíale en carta a su amigo el general Paunero, a poco de entregar la presidencia y anunciándole que se haría impresor. “Después de tantos años de trabajos, victorias y gobiernos —agrega— mi posición pecuniaria es la siguiente: durante cinco meses al año gozo de sueldo como senador, el que basta para llenar el presupuesto durante el período de sesiones, mes a mes. En el resto del año gozo de un sueldo de 76 pesos”...

Qué lejanos —reflexionábamos no hace mucho—, qué lejanos nos parecen tiempos y hombres capaces de escribir, en la intimidad, sin pensar en que se difunda, autobiografía tan aleccionadora, cuya misma brevedad trasunta, con la sobriedad de un versículo bíblico, un supremo mandamiento para gobernantes, funcionarios y hombres públicos cuya honradez ha de ser el más seguro respaldo de su prestigio!...

Dejemos que su sombra augusta se acerque a nosotros y nos proteja y guíe en estas horas inciertas para la patria, fortaleciéndonos en la brega para la defensa de los principios, ideales y normas de conducta que el patricio hizo ley de su existencia y supo convertir en acción inteligente y constructiva.

Escuche la juventud, con la emoción de recoger y sostener un mensaje actual, sus palabras al pueblo el día de su jubileo, ante la proximidad del centenario de la Revolución de 1810:

“Yo saludo desde mi ocaso la aurora de ese memorable día venidero. La región que habitamos será en los tiempos el teatro de una evolución humana que influirá en el destino del mundo. Y digo a la sombra de los largos años, a los que alcanzarán a ver renacer las luces seculares del sol de Mayo, que marchen con aliento hacia adelante, siempre adelante, recordando el consejo del poeta del ‘Salmo de la Vida’, de vivir sin tregua en lo presente y dejar al pasado enterrar sus muertos; que si el corazón es el tambor velado que el hombre lleva en sí, batiendo dentro del pecho el fúnebre paso de la muerte, los latidos de los corazones esforzados baten la marcha triunfal de las generaciones que se suceden.”

Porque esa voz, que nos llega de lo hondo y perdurable de nuestra Historia, fue y seguirá siendo, mientras aliente una conciencia argentina digna de los creadores de la patria, como lo quiso el vate que cantó su inmortalidad:

“Cristal y bronce el verbo, y de cristal tu idea,
tuviste el equilibrio que mantiene en sí mismo,
y ajeno a los halagos de la nocturna Dea,
subsiste a las alturas sin miedo del abismo.”
